

## XV

Mientras que Dorliac y de Céry, corrían al hotel en busca de nuevos refuerzos, el conde de Servan conducía á su hija hácia una de las mesas de la galería, y con gran volubilidad, nervioso, agitado, empezó la descripción de ruleta.

—Dos cosas solo te interesan, le dijo él, desde el momento en que te sientas á esa mesa; el cilindro de cobre que se encuentra en el medio, y el tapete verde sobre el cual ves cifras, líneas y palabras que no comprendes.

Ocupémonos en primer lugar del cilindro; está dividido en pequeñas casillas encarnadas y negras, de las cuales cada una tiene un número, desde el uno al treinta y seis, y además un cero, que hace treinta y siete cifras. Un empleado de la administración sentado allí, en medio de la mesa, da con la mano un impulso á ese cilindro y arroja en él una bolita, que después de girar algunos instantes, viene á caer

en una de las casillas. Nada hay tan sencillo, como puedes ver.

Pasemos al tapete: está dividido en pequeños y grandes compartimentós. En los pequeños están señalados tres líneas de doce cifras, los números desde el uno hasta el treinta y seis, y el cero que está á la cabeza. Esas casillas pertenecen á los jugadores; en ellas es donde colocan sus puestas; pero pueden hacerlo de varias modos. Si la colocan en el centro de un compartimiento á un número *pleno*, según el nombre que se le ha dado, y el número sale, reciben treinta y cinco veces su puesta. Si escojen dos números (que es lo que llamamos poner el dinero á caballo), reciben diez y siete veces su puesta, más la cantidad que ponen, teniendo en cuenta, que las ganancias disminuyen á medida que las probabilidades aumentan. De este modo se llega á recibir solo dos luses; por ejemplo, cuando se apuntan doce números con un luis. Esto es lo que llamamos suertes compuestas; la puesta es casi siempre triplicada.

Por el contrario, colocando las puestas en los compartimientos mayores, los que rodean los números, solo se ganan las suertes simples, es decir, que se duplica la puesta. Ejemplo: si se pone un luis en ese cuadro encarnado, y la bolita del cilindro se detiene en un número encarnado, la banca paga un luis. Si se hace la misma puesta sobre este compar-

timiento, sobre el cual está escrita la palabra *impar* y la bolita se detiene en el número veinte, se pierde un luis. En fin, el jugador, al cual le son suficientes las suertes sencillas, puede confiarse á uno de estos compartimientos, sobre los cuales están escritas las palabras: *pasa y falta*. *Falta*, comprende todos los números desde el uno al diez y ocho inclusive; *pasa*, todos los demás, desde el diez y nueve al treinta y seis. Gana uno ó pierde, según la bola se detiene en unos ú otros números. Esto, es también poco complicado, pero es necesario saberlo.

Mme. Leroy escuchó todas estas explicaciones. Tenía aun una duda y preguntó á Mr. de Servan:

—¿Qué papel desempeña aquí el cero? Le veo separado de todos los demás números, á la cabeza de las tres filas. ¿No puede uno poner á él sus puestas?

—Al contrario, se apresuró á responderle Mr. de Servan. El cero, como número, tiene igual valor que los demás. Si sale y tienes puesto en él un luis, te pagan treinta y cinco. Pero no aprovecha nunca cuando se juega á las suertes sencillas: el color par é impar pasa falta, y la puesta queda detenida hasta la jugada siguiente, que os la hace perder ó simplemente rescatarla. Según ves, el cero es una ventaja para la banca, No solo perjudica á los que juegan las suertes sencillas, sino también á los que solo juegan un *pleno*, puesto que en realidad solo pagan treinta y cinco veces la puesta, más esta, y

con el cero existen treinta y siete números... ¿Tienes alguna otra pregunta que hacerme?

—Ninguna.

—Ya solo se trata de poner en práctica mis lecciones, y de hallar un sitio en esta mesa, puesto que estás decidida á jugar tú misma. En este momento están todos ocupados; pero, gracias á este caballero que acaba de llegar, quedarán bien pronto libres... ¡Calla! pero este es Dorliac, el agente de cambio, añadió el conde.

Luisa Leroy reconoció, en efecto, á su compañero de viaje. Venía á probar fortuna de nuevo, con la suma que le había prestado de Céry. Pero en tanto que éste, como jugador serio, se dirigía á la mesa de treinta y cuarenta, Dorliac se lanzaba hácia la ruleta, y se entregaba á un juego frenético. Sin tomarse el trabajo de estudiar el cilindro ni el tapete, arrojaba indiferentemente luses á derecha é izquierda, sobre *pasa y falta* á la vez, sobre una fila de números *plenos* que él no podía ya reconocer y que se veía disputar, cuando ganaban, por uno de esos merodeadores que rodean los tapetes verdes y viven á expensas de los ignorantes y de los locos.

Los jugadores de sistema, entregados por completo á sus cálculos, los picadores de tarjetas, que llevan la cuenta exacta de los números jugados, y para los cuales el juego es un trabajo serio, tienen horror á estos novicios, que de pié, detrás de ellos, adelan-

tan la mano á cada instante, rozándoles en el rostro, descomponiendo sus montones, tirando sus pilas de luises, apoyándose en la mesa para llegar á la casilla en donde quieren colocar su puesta. Los sufren por algunos instantes, luego se quejan, gritan, y como su verdugo, febril, loco, ni siquiera los escucha y continua molestándolos, toman el partido de levantarse é irse á otra mesa más tranquila.

Mr. de Servan, por su gran experiencia, comprendió inmediatamente, al ver jugar á Dorliac, lo que habia de suceder. En efecto, una señora de edad, despues de haber dado frecuentes muestras de impaciencia, metió en un saquito de seda su pila de monedas de cinco francos, metió en la cartera su papel, su lapicero y sus alfileres, y levantándose, dijo en tono desagradable:

—Ya no se puede jugar aquí.

Dorliac, ni aun se apercibió de que aquel sitio estaba libre, y el conde de Servan pudo hacer sentarse en él á su hija. Esta, se encontró colocada en el centro de la mesa, la primera despues del paletero, sobre el cuadro de la derecha, y al lado del empleado encargado de pagar ó de recojer con su rastrillo las sumas perdidas. El sitio era excelente: está directamente bajo la mirada de los jefes de partida y de los inspectores, sentados en medio de la mesa en grandes taburetes. Examinan vuestro juego, saben en donde habeis colocado vuestro dinero, y si hay al-

guna cuestion, son los encargados de hacer justicia.

Una vez sentada, Luisa Leroy, viendo á muchas otras á su lado, se sintió ménos turbada de lo que se habia imaginado. Dejó sobre la mesa la cartera que contenia toda su fortuna, sacó dos billetes de á mil francos, se hizo que le diesen en cambio dos montones de á cincuenta luises, y ya iba á empezar á jugar, cuando su padre se inclinó á su oido y le dijo:

—Yo permaneceré detrás de tí y te guiaré.

Luisa frunció el ceño, y volviéndose hácia Monsieur de Servan, le dijo:

—Os suplico que no os ocupeis de mi juego y abandoneis esta sala.

—¡Cómo! replicó él, ¿me rehusas hasta el placer de verte jugar?

—Sí, sí, contestó con impaciencia, y añadió: me atraerías la desgracia.

Estas palabras, lejos de desagradar al conde, le halagaron. Se inclinó de nuevo hácia la jóven, y le dijo con cierto orgullo:

—¡Ah! eres supersticiosa como un verdadero jugador. Tienes mi misma sangre, bien se vé que eres mi hija.

—Como ella le suplicase de nuevo que saliese, el conde añadió:

—Está bien, está bien, te dejo. Ya has comprendido, ¿no es verdad?... Si pierdes, juega poco y espera. Si ganas, al contrario, lanza grandes puestas,

juega el máximo á números *plenos*, haz *paroli* sobre la encarnada y la negra, no temas nada, todo te favorecerá... Preveo que estarás con yena... Y yo también la tendría si jugara en este momento; pero ¡ay! estoy *tronado*, completamente *tronado*.

Luisa retiró cinco luises del monton que tenia delante, los tomó entre los dedos y los alargó al conde sin hablar palabra.

—¡Ah! está bien, dijo él, me voy... me voy... no oirás hablar de mi hasta el final de la noche.

Y corrió á la treinta y cuarenta.

Por su parte, Mme. Leroy, se puso á jugar.

Eran próximamente las ocho y media de la noche.

## XVI

Los curiosos y observadores que se deslizan entre los jugadores y rodean las mesas de ruleta, nunca hubieran pensado, al ver á Mme. Leroy hacer sus primeras jugadas, que trataba de ganar una suma de cien mil francos. En efecto, á pesar del fin que se proponia; á pesar de la gran suma que tenia en perspectiva, Luisa Leroy, en su inexperiencia, adelantaba primero con timidez, puestas muy modestas sobre las suertes sencillas, la encarnada y la negra, la par y la impar. Ganó, perdió, volvió á ganar unos cincuenta luises, y acabó por comprender, que jugando de esta manera, aún en el caso de que la fortuna no cesara de favorecerla, le serian necesarios muchos dias para conseguir su objeto. Recordó los consejos de su padre, y pensando en la situación en que se hallaba, persuadida de la necesidad de vencer, si habia de vencer, en el plazo más breve posible, se hizo más audaz, más animosa.

Hizo dos partes iguales de su dinero, y resolvió sacrificar una inmediatamente sobre los números. Pero, ¿qué números escojer? Este era un primer inconveniente bien conocido por todos los jugadores. Sin embargo, ¡nada más sencillo! se dirá; basta con entregarse á la suerte y jugar los primeros números que se presenten, los que señale la mano.

Pues bien, nó; los jugadores no obran nunca de ese modo. Siempre se dejan guiar por alguna superstición. No siguen el impulso material de su brazo, sino que obedecen á un pensamiento, á una razón.

Así, Luisa Leroy, en lugar de elegir la línea de cifras y las casillas marcadas delante de ella, se armó de una paleta, lo cual era un progreso de audacia, y dejó pequeños montones de luisas, sobre el 26, porque tenía 26 años; sobre el 32, el 3 y el 5, que eran la edad de su marido y de sus hijas. ¿No era por los tres por quién combatía? ¿No debía de unirlos á aquella lucha, de confundirlos con ella misma, de aprovechar sus respectivas suertes, de formar con todos aquellos seres amados, un solo todo? Los más timoratos no hallarian una profanación en el recuerdo que de Juana y Marta hacía su madre en aquel momento. Toda la inmoralidad del juego desaparecía ante el fin que se proponía Mme. Leroy.

Los números escojidos por ella, le fueron favorables. En ménos de un cuarto de hora, el 26, el 32, el 3 y el 5 salieron muchas veces. Luisa Leroy, que

se habia atrevido á poner cinco luisas á cada número, ganó 20.000 francos.

Entonces, alrededor de la mesa, empezó á sentirse cierto rumor; todos se fijaban en la reciénvenida, tan favorecida por la fortuna, mostrándose unos á otros aquella señora jóven y hermosa que jugaba como un hombre y con tanta dicha.

Se apiñaban, se estrujaban por verla. De un extremo á otro de la galería, en el primer salon y bajo el vestíbulo, circulaba el rumor de que la banca iba á recibir una lección, y como todos los concurrentes á un casino, jugadores y curiosos, son los enemigos más acérrimos de esta banca, que sin embargo les ofrece tan cortés hospitalidad, corrieron al salon para gozarse en su quiebra. Los mismos inspectores, los jefes de partida, el encargado de arrojar la bola en el cilindro, el que tiene á su cargo el recojer las puestas con una gran paleta, otro que tomaba de una pequeña caja los billetes destinados á pagar á Mme. Leroy, todos se interesaban por ella, le sonreían cuando ganaba, y le pasaban graciosamente su dinero. Estos hombres-máquinas, jugando y viendo jugar todo el dia por cuenta de la administración, acostumbrados á ver perder en un segundo sumas muy superiores á sus haberes anuales; estos hombres pasivos, formando, para hablar con exactitud, un solo cuerpo, un todo con la ruleta y el tapete verde, tenían desde hacia algunos instantes, una alma, si-

guiendo ávidamente el juego de su adversario, regocijándose y sufriendo con él.

Este fenómeno no es raro; no habrá que atribuirlo solo á la belleza de Mme. Leroy, á la simpatía que inspiraba, al encanto que ejercía. Hemos oído afirmar, y nada hay tan admisible, que estos señores, de los cuales algunos jugarían si su posición se lo permitiese, se distraen con frecuencia jugando con el pensamiento por cuenta de un tercero. Eligen una persona las más de las veces, una mujer cuyo rostro le seduce; se interesan en su personalidad y participan de todas sus emociones. Por la noche, podrían decir con poca diferencia, y lo dicen con exactitud, lo que Mr. X... ó Mme. Z... han perdido. ¿Notaba Mme. Leroy todas estas curiosidades, todas estas simpatías? ¿Tenía la imaginación bastante libre para ocuparse de los que la contemplaban? No sabremos responder á esta pregunta, ni á otra que ahora se nos ocurre. Cuando jugaba con tanto ardor con tanta furia, ¿tenía sólo un pensamiento, ó sea el de devolver á Mr. Markett el depósito confiado, salvando á su marido de la ignominia, ó bien se había apoderado de ella el demonio del juego? ¿Se había despertado en ella el vicio de su padre? Sea como fuere, ella aumentaba siempre sus apuestas á medida que sus ganancias. No se contentaba ya con buscar números, es decir, con exponer algunos luses para recibir una fuerte suma. Ahora exponía toda la suma á las suer-

tes sencillas, y cuando había ganado se apresuraba á decir al banquero con voz balbuciente: «Todo al monton.» Y casi todos estos golpes le eran favorables: el oro se acumulaba ante sí, ocupaba un gran sitio bajo su pecho anhelante, y se confundía en agradable desorden con los billetes de quinientos y de mil francos.

No tenía tiempo para arreglar sus ganancias y menos para contarlas. ¿A qué cantidad ascendería en aquel momento el monton? No lo sabía. No lo quería saber. Jugaba, jugaba sin cesar. Incesantemente adelantaba nuevas apuestas con la mano, incorporándose; otras veces con la paleta, cuando la casilla que quería apuntar estaba demasiado lejos. Por lo demás, muchas veces, esta molestia le era evitada por uno de los empleados de la banca.

—¿Dónde quereis colocar el dinero, señora? le preguntaban.

—Sobre la negra, respondía.

—¿Cuánto?

—Seis mil francos.

—Seis mil francos á la negra, decía el paletero.

Y tomaba delicadamente con la punta de su paleta, ágil como una mano, los seis billetes de banco y los trasportaba en un abrir y cerrar de ojos al color indicado.

Si cuando hacia estas grandes apuestas se olvidaba de garantizarse contra el cero, como se lo había reco-

mendado su padre, un vecino solícito, algunas veces el jefe de la partida, se inclinaba hácia ella y le decía en tono bajo:

—Señora, tened la costumbre de cubriros del cero, sin duda es un olvido.

Daba las gracias con una sonrisa, y adelantaba algunos luses hácia el número peligroso.

¿Y cómo estos empleados y estos expectadores no se habian de interesar por ella? Si la jugadora les hubiera sido indiferente, la mujer seguramente los hubiera conmovido. El que testigo de esta partida, nos la ha referido, afirma que Luisa Leroy estaba en esa noche radiante de hermosura. Su frente estaba iluminada, su mirada brillante, sus narices se dilataban á impulsos de pequeños estremecimientos nerviosos; su boca entreabierta para dar paso á una respiración oprimida, anhelante, daba á su fisonomía una expresión de voluptuosidad, que solo su marido habria podido observar hasta entonces. Cuando se inclinaba sobre la mesa ó se echaba hácia atrás, cuando se incorporaba para seguir con más comodidad los movimientos de la bolita en el cilindro, su busto bien formado, presentaba soberbias ondulaciones, delineando curvas armoniosas.

Acababa de ganar una puesta de seis mil francos, cuando Dorliac que arruinado de nuevo, se interesaba, á falta de otra cosa, por su juego, le dijo en alta voz:

—Teneis, estoy seguro, más de cien mil francos delante de vos.

Entonces se detuvo, retirando la suma que acababa de adelantar.

—¡Oh! esta señora no tiene aun cien mil francos, repuso otro jugador.

—Apuesta á que sí, replicó Dorliac.

—Yo apuesto á que nó.

—¿Nos permitis contarle, señora?

—Sí, contad.

Se contó, y solo habia ochenta y cuatro mil francos.

—Me he engañado, dijo Dorliac... Sin embargo, es una bonita suma y en vuestro lugar yo me retiraria.

—No, respondió ella con viveza. Mi padre, por el cual juego, me ha dicho que no me detenga hasta que haga cien mil francos.

Y adelantó una nueva puesta.

Mr. de Servan acababa de aparecer y miraba á su hija con orgullo.

## XVII

Era sábado por la mañana, y Luisa, ausente desde el martes por la noche, no había dado aun noticias suyas. Sin embargo *el Indicador de los caminos de hierro*, muchas veces hojeado por Jorge y Alicia, demostraba que debía estar ya de vuelta. Su proyecto, según le dijo á su hermana, ¿no era permanecer solo veinticuatro horas en Monte-Carlo?

El día anterior, Jorge había ido inútilmente á esperarla á la estación de Lyon; no llegó por ningún tren.

Y ninguna carta, ningún despacho para tranquilizarlos, no solo sobre el resultado de su desesperada tentativa, sino sobre ella misma.

Con el ánimo sobresaltado, estaban propensos á engrandecer los más pequeños sucesos y á exagerar cada cosa. Veían ya á Luisa enferma, lejos de ellos, en una habitación de un hotel, imposibilitada para venir y aun para escribirles una palabra, y hallaban

mil razones para justificar estos temores. El disgusto terrible que había recibido, la escena en la que después de haber tenido el dolor de dudar de su marido, supo que su padre era el culpable; las emociones siguientes á esta escena, su marcha precipitada, la fatiga del viaje, la fiebre que ocasiona el juego, y probablemente una cruel decepción, eran más que lo suficiente para abatir á una joven acostumbrada á la paz de la vida de familia, sin pesares, sin disgustos hasta entonces.

¿Y cómo adquirir noticias suyas? ¿Partir? ¿Podía Jorge hacer esto? Un viaje en aquel momento, á la hora en qué era esperado Mr. Markett, ¿no sería considerado como una fuga y apresuraría la llegada del momento que se temía? ¿Tenía el derecho, solo por vanos temores, para cometer una imprudencia, cuando Luisa le había recomendado tuviese mucha sangre fría y mucha serenidad? Ella lo había intentado todo para contrarestar el peligro; todo lo había abandonado, hermana, hijas, marido, ordenando á este último permaneciese firme en su puesto, y que esperase frente á frente el golpe. ¿Debía desobedecerla? Alicia ofrecía á Jorge partir en su lugar; pero, ¿podía la señorita de Servan viajar sola? ¿No sería probable que se cruzara con su hermana en el camino?

El sábado, á las nueve de la mañana, se dirigió Jorge á la estación de Lyon. Esta es la hora á que

llega el tren rápido que salía la víspera á las once del día de Monte-Carlo. Esta vez esperaba y estaba persuadido de ver á su mujer descender del tren. También se engañó, y regresó á la calle de Roma no sabiendo qué hacer ni qué partido tomar.

Bien pronto se le reuuió su cuñada, que salía de la habitacion de las niñas, para hacerle salir del abatimiento en el cual estaba sumido.

—Los dos ángeles, le dijo con su voz dulce y argentina, se han despertado con mis caricias... Id á verlos Jorge; sus besos os harán recobrar el ánimo... Marta se resiste á creer que su madre no haya vuelto aún; asegura que la ha visto esta noche entrar en su habitacion cargada de muñecas y de juguetes... Juana no dice nada, pero comprende, hace un movimiento de cabeza en sentido de aprobacion, y tiende sus bracitos hácia la puerta, como si Luisa fuese á entrar. Debe haber soñado lo mismo que su hermana, y Dios no querría engañar á la inocencia.

—Yo también la he visto, dijo Jorge, esta noche, en sueños...

Estaba de pié, delante de una mesa verde, en la sala de juego... delante de ella habia un monton de oro... y á su lado, un hombre que tenia las facciones de Markett, la miraba sonriendo.

—¡Buena esperanza, Jorge! ¡Buen presentimiento! exclamó la jóven. Ella va á volver, como nos ha ofrecido, con la libertad.

—¡Si tuvieramos esa dicha! dijo él... No, no, no quiero creerlo... El desengaño seria horrible.

—Tengo confianza, á pesar de todo, dijo Alicia; una voz secreta me dice que saldremos bien de esta prueba.

—¡Ay! observó Jorge; hoy, en este momento, es cuando necesitamos salir de ella. El tiempo huye en estas alternativas y estas esperas. Mr. Markett vendrá de un momento á otro.

—Aun no está todo perdido. Todavía cuento con mi hermana.

—Pero no llega, y no puede llegar hasta esta tarde... ¿Qué haré hoy?... Si espero en mi casa á Monsieur Markett, ¿qué le voy á contestar cuando me pida sus cien mil francos en valores ó en billetes de banco?... Si por el contrario, me voy al escritorio, ¿no irá allí á buscarme cuando salga de esta casa, y no será el escándalo más pronto y más público?

—Acaso fuera mejor, dijo Alicia, que hacia un instante consultaba el *Indicador de ferro-carriles*, que Mr. Markett no os hallase ni aquí, ni en vuestro despacho; esto nos haria ganar tiempo hasta el lunes.

—No lo creo, replicó Jorge. Si no me encuentra en la oficina, supondrá que su negocio esta en regla, que he dado las órdenes necesarias, y sin la menor sospecha, creyendo hacer la cosa más natural del mundo, se dirigirá al cajero.

—El cájero no le conoce, observó Mlle. Servan. Yo no estoy muy al corriente de lo que son negocios, pero me parece, mi querido Jorge, que no se presenta uno á reclamar así una suma considerable, sin ser acompañado de alguien que le presente ó sin un recibo.

—Justamente, tiene un recibo, un recibo firmado por mí. No queria aceptarle y yo le exigí que lo tomara.

Bastará con que se presente en la caja, para que todo se descubra, y mi ausencia me condenará infamablemente.

Alicia, que habia abandonado el *Indicador* hacia un momento para escuchar á su cuñado y responderle, bajó la cabeza y emprendió de nuevo la lectura de aquel. Las personas que no están acostumbradas á viajar, encuentran grandes dificultades cuando se trata de averiguar las horas de ciertos trenes. Las líneas trazadas sobre el papel, son largas, muy estrechas, dificiles de seguir con la vista; frecuentemente es necesario señalar con la uña las diferentes líneas; este era el trabajo al cual se habia entregado Mlle. de Servan hacia algunos instantes. De pronto, se interrumpió, y dirigiendose á Jorge:

—Luisa puede llegar aun esta mañana, le dijo.

—Es imposible; no se espera ya ningun expés.

—Expés que venga de Monte-Carlo ó de Marsella, no, es verdad; pero puede haber pasado la noche en

el camino. Ya conoce nuestra ansiedad y sabe cuanta importancia tiene este dia para nosotros. Vendrá hoy por la mañana.

Apenas habia pronunciado estas palabras, Marta y Juana, á quienes acababan de vestir, penetraron en el salon.

—¡Ahí esta mamá! ¡Ahí está mamá! gritaba Marta... La he visto bajar de un carruaje.

Y diciendo esto, atravesaba el salon para llegar á la antecámara. Juana, sofocada, desalada, la seguia de la mejor manera posible, corriendo con todas las fuerzas que sus piernecitas le permitian.